EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA SEMANAL DEL GLOBO Y DEL TIEMPO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes, 8 rs.—Tres id., 20.—Seis id., 36.—Un año, 70.—El número suelto, 5 reales.

N.º 32, TOMO II.—LUNES 22 DE SETIEMBRE DE 1845.
La redaccion está en la calle de Carretas, núm. 35, cuarto segundo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes, 10 rs.—Tres id., 28.—Seis id., 54.—Un año, 110.—Suscríbese en las librerías corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía. El mariscal Soult.—Meditacion.—España monumental.—La Cruz de Oro (continuacion).—Poesía.—Revista de la semana.

BIOGRAFIA.

EL MARISCAL SOULT.

Es el mariscal Soult como la personificacion de la Francia militar, y uno de los últimos y mas ilustres representantes de la Iliada del Imperio. Hijo de un escribano de lugar; nació en Saint-Amans el 29 de marzo de 1769. De muchacho era travieso, poco amigo de leer, y nada aficionado á la profesion de su padre. A falta de otra cosa vino á ser soldado á la edad de 16 años, entrando en clase de voluntario en el regimiento real de infantería: ascendiendo gradualmente á sargento, alférez, ayudante, capitan, comandante y coronel, sirvió á las órdenes de varios generales; agregado al ejército de la Mosella hizo las campañas de los años II y III, tomando una parte gloriosa en casi todas las batallas dadas en la frontera contra los estranjeros. En la célebre jornada de Fleurus huia en desórden la division de los Ardennes, dejando en descubierto la derecha del ejército: el general Marceau fuera de sí buscaba la muerte: el coronel Soult se precipita delante de los fugitivos, los reune, y vuelve con ellos á la pelea, y obtiene el triunfo.

Nombrado brigadier el 11 de noviembre de 1794, se distinguió á orillas del Rhin en diferentes acciones. Destacado un dia con tres batallones y 150 caballos para cubrir la izquierda del ejército, se vió Soult envuelto súbito por cuatro mil ginetes enemigos; sostuvo una lucha encarnizada por espacio de cinco horas, rechazó victoriosamente siete cargas consecutivas, y continuó su camino sin dejar en poder del enemigo un solo hombre.

Dió al ejército del Rhin algunos instantes de descanso la paz de Campo-Formio; pero en breve empezaron otra vez las hostilidades con motivo del odioso

asesinato de los plenipotenciarios franceses. En la aldea de Ostrach atacaba el archiduque Cárlos, al frente de 25,000 austriacos, la vanguardia mandada por Soult, el 22 de marzo de 1798, y compuesta de seis mil franceses; la accion fué de las mas empeñadas: empezaba á ciar un batallon de infantería; Soult cogió una bandera, se lanzó en medio del enemigo, y con su audacia reanimó el valor de nuestros soldados.

Ya general en abril de 1798, hizo la campaña de Suiza á las órdenes de Massena, sometió á los habitantes de los pequeños cantones, sostuvo los combates de Altorf, San Gotardo y Virthenttur, y contribuyó poderosamente al triunfo obtenido en la famosa batalla de Zurich, que duró tres dias. Encargado de impedir la union del ejército austriaco con el ejército ruso, que llegaba por Italia al mando de Sowarow, se dirigió primeramente contra los austriacos. Hallábase acampado el enemigo sobre el Lint, entre los lagos de Zurich y de Vallenstadt, en una posicion formidable: para abrir paso á su artillería mandó el general Soult componer 150 toesas de terreno pantanoso, y despues, por una de esas inspiraciones felices en que su carrera abunda, inventó un procedimiento estratégico, empleado posteriormente en diversas ocasiones con buenos resultados: organizó un batallon de zapadores, que atravesó el rio con sus armas, y sorprendido y atacado el enemigo entre las sombras de la noche huyó hasta el Rhin, dejando en el campo de batalla á su general en jefe y á cuatro mil hombres muertos ó heridos.

Despues de esta victoria sobre los austriacos marchó Soult contra los rusos, los avistó en Schwitz, los batió, y dispersándolos, limpió de enemigos toda la orilla izquierda del Rhin, desde su origen hasta el lago de Constanza.

Por esta época Bonaparte volvia de Egipto y derribaba al Directorio. Descuidado el ejército de Italia por aquel gobierno inhábil, se hallaba en un desórden completo, y para reorganizarle envió allí el primer Cónsul á Massena. Al punto pidió con instancia que se le agregase Soult, y en el año de 1800 pasó éste los Alpes con el título de segundo de Massena. Empezó por avituallar á Savona, dió sobre las alturas de Montonotte un combate, en que ofreció pruebas insignes de su valor imponderable. Encerrado y sitiado en Génova por fuerzas muy superiores á las suyas, dispuso una salida el 5 de abril con cinco mil hombres, cruzó por medio del ejército enemigo, se dirigió á Sasello, batió y dispersó dos divisiones austriacas, y regresó á Génova algunos dias despues con ocho mil prisioneros. Otra salida hizo el 10 de mayo

á la cabeza de tres mil hombres, rompió de nuevo por medio del ejército austriaco, atacó su retaguardia en Monte Facio, copándole una division de cuatro mil hombres.

En la jornada de Monte Creto, Soult, infatigable siempre, dió al enemigo un nuevo combate, hallándose resbaladizo el terreno á consecuencia de una tormenta, y se batió al arma blanca cuerpo á cuerpo. Recibió el general un balazo en una pierna; viéndole caer sus soldados, y creyéndole muerto, le dejaron en poder del enemigo con su hermano el jefe de escuadron Soult, que no se separó de él nunca.

Ya prisionero, fué trasladado á Alejandría, y en su lecho de dolor vino á anunciarle su libertad el pavoroso estallido de la artillería de Marengo. Presentado y recomendado por Massena á Bonaparte despues de tan insigne jornada, como un oficial general de las mayores esperanzas, fué nombrado comandante superior en el Piamonte, donde sofocó la insurreccion del valle de Aosta, sometió aquellas hordas de bandidos, denominados *Barbets*, y organizándolos por compañías los utilizó para el servicio.

Vuelto á Francia despues de la paz de Amiens, le conservó á su lado Bonaparte en calidad de coronel general de la guardia de los cónsules, y le dió el mando del campo de Saint-Omer. Por último, en 21 de mayo de 1804, despues del advenimiento de Bonaparte al trono imperial, Soult fué elevado con las notabilidades militares de entonces á mariscal del imperio.

Despues de la desastrosa jornada de Trafalgar y de la completa ruina de la escuadra franco-española, el ejército destinado á invadir la Inglaterra fué dirigido á Alemania. Soult pasó el Rhin por Spira, á la cabeza del cuerpo de vanguardia, el 28 de octubre de 1805: penetró en la Suavia, pasó por Donawerth el Danubio, marchó sobre Augsburgo, y tomando posesion de aquella plaza cayó sobre Ulma, y de allí sobre Memmingen.

Bien pronto llega el gran dia de Austerlitz: ochenta mil rusos y treinta mil austriacos se encuentran en línea delante de sesenta mil franceses: la batalla iba á ser decisiva, pues el emperador lo habia dicho, y era forzoso vencer á toda costa. Soult mandaba el ala derecha del ejército: muévese al eco de los primeros cañonazos, se dirige rápidamente con dos divisiones á las alturas de la aldea de Pratzen. Aquella eminencia estaba coronada de tropas rusas y de una formidable artillería. Despues de tres horas de encarnizado combate se apodera de ella Soult, merced á uno de esos rasgos de tenacidad que le caracterizan. Sorprendidas las líneas rusas en su fuga por una marcha de costado se ven cortadas, y el mariscal repele dos terceras partes de aquella tropa hácia el lago de Monitz. Estaba helado: Soult manda avanzar un cañon, rompe el hielo instantáneamente, y toda aquella masa de hombres y caballos desaparece en las ondas. Aquel vigoroso esfuerzo decidió en gran manera del éxito de la jornada, y aquella misma noche en el campo de batalla, dirigiéndose Napoleon á Soult, le dijo: «Mariscal, sois el primer maniobrista de la Europa.»

En Jena se distinguió Soult el 14 de octubre de 1806 por la energía y vigor de su ataque contra el centro enemigo: se apoderó de un bosque, cuya toma fué prenda segura de la victoria. En seguida persiguió á los fugitivos hasta Lubeck. Ayudado de Bernadotte tomó la ciudad por asalto, y estinguió así los últimos restos de las fuerzas prusianas. En Elslau contuvo Soult el cuerpo de ejército del general ruso Beningsen: se apoderó mas tarde de Kœnisberg, y despues de haber desplegado en el curso de tres campañas escelentes talentos militares, celebrada la paz de Tilsitt fué Soult elevado á la dignidad de duque de Dalmacia.

Concluida la paz con Austria, Prusia y Rusia, se encendió la guerra en España con mas furor que nunca: desembarcó el ejército inglés en la Península: por la vez primera rindió las armas en Bailen una lucida y fuerte division francesa, y el rey José se vió obligado á abandonar á Madrid. Soult llegó con el emperador á Bayona, recibió el mando del segundo cuerpo, se apoderó de Burgos, ocupó á Santander, venció en Reinosa al ejército español de Extremadura, y marchando despues contra los ingleses, les obligó á reembarcarse en la Coruña, dejando considerable número de muertos y heridos.

Obtenido este resultado recibió Soult órden de internarse en Portugal. Rodeado de enemigos invisibles en un pais casi desconocido, con un temporal horroroso, y en medio de caminos intransitables, llegó Soult delante de Oporto con sus tropas rendidas de cansancio. Intentó en vano capitular, tuvo que recurrir al asalto; tomó la plaza, pereciendo en la accion diez mil portugueses. Encerrado en Oporto con 21,000 hombres, y aguardando refuerzos para seguir adelante, sabe que ha desembarcado en Portugal el general inglés arrojado de España, y que los nacionales se alzan por todas partes y va á ser envuelto en breve por fuerzas superiores. Y en efecto, la vanguardia de sir Arturo Wellesley (Wellington) llega á Oporto é intenta sobre la ciudad un golpe de mano. No vacila el mariscal, quema todo el equipaje del ejército, empezando por el suyo propio: la situacion era crítica en estremo, y la estacion de las peores del año. Todos los soldados reciben órden de vaciar sus sacos para llenarlos de municiones. Se ponen en marcha por medio de los montes rechazando los ataques, y el mariscal entra en España sin perder un solo hombre de los 21,000 que le quedaban. Esta retirada es una de las operaciones mas acabadas de Soult al decir de los estrategistas.

Se ha dicho que durante la permanencia del mariscal en Oporto formó el proyecto de hacerse proclamar rey de Portugal, bajo el nombre de Nicolás I, y á instancias de los principales habitantes. No teniendo este hecho mas apoyo que el dicho de un autor inglés, nos parece por lo menos dudoso. De todos modos, en una época en que se improvisaban de la noche á la mañana príncipes y reyes, nos parece que Soult hubiera hecho sobre el trono tan buena figura como, por ejemplo, Murat, aquel terrible y glorioso sable, ó como cualquiera de los miembros de la familia imperial á quienes Napoleon arrojaba coronas, no curándose de saber si tenian bastante vigor y aptitud para soportar su peso.

Despues de la retirada de Oporto fué cuando, á fin de evitar la rivalidad de diversos generales franceses que se disputaban el mando y perjudicaban así el plan general de combinaciones, dió el emperador un decreto en que nombró al mariscal Soult mayor general de los ejércitos franceses en España, con la autorizacion formal de tomar el mando en jefe donde quiera que se hallára. Reflexiónese que sus competidores eran Ney, Souchet, Victor y Mortier, y se verá que aquel decreto es por sí solo una respuesta categórica á las calificaciones de ciertos biógrafos que pintan á Soult como un general de reata, ejecutando maquinalmente las órdenes recibidas, é incapaz de altas concepciones personales.

Abrió la derrota que sufrimos en Ocaña el 10 de noviembre de 1809 el camino de Andalucía á los franceses. A la permanencia de Soult en esta provincia, donde estableció su cuartel general, se refieren acusaciones de exacciones y de saqueos: de algunas de ellas pudieran dar testimonio las paredes de la morada del anciano mariscal, vestidas con lienzos originales de nuestros mas célebres pintores. Soult tuvo que evacuar la Andalucía á consecuencia de la derrota de Marmont en los Arapiles, y se dirigió por los reinos de Granada y Murcia al de Valencia. Unido allí al ejército del centro, fué al encuentro de los ingleses, los avistó en Salamanca y les hizo replegarse hácia Portugal. Ocurria esto en 1813: la desgraciada campaña de Rusia acababa de devorar seiscientos mil franceses: el emperador llamó á su lado al mariscal Soult, le dió el mando en jefe de su guardia, y se distinguió en las empeñadas lides de Lutzen y Butzen.

Ganada por ingleses y españoles la batalla de Vitoria, avanzaron hácia las fronteras de Francia; Napoleon se hallaba en Dresde: asustado de los adelantos de los ingleses, despachó á Soult instantáneamente á España: llegó en ocho dias á Bayona, y reuniendo cincuenta mil hombres puso aquella ciudad en estado de defensa. Peleó en diversos puntos, quedando reducidas sus tropas á 26,000 soldados. Era el 10 de abril de 1814: Francia se hallaba invadida por todas partes: París habia capitulado, el emperador habia abdicado, y los Borbones se veian restaurados en su trono. En medio de todas aquellas calamidades Soult fué el que disparó el último cañonazo en el postrer campo de batalla delante de Tolosa.

Despues de la restauracion Soult se alió al gobierno, y recibió el mando de la 13.ª division militar en el mes de junio de 1814.

Nombrado ministro de la Guerra el 3 de diciembre, provocó Soult el secuestro de los bienes de la familia Bonaparte: hizo comparecer ante un consejo de guerra á uno de sus compañeros de armas, al general Excelmans, cuya culpa consistia en haber escrito á Murat, rey de Nápoles, una sentida carta de adhesion sincera. El general fué absuelto.

Al poco tiempo se evadia Napoleon de la Isla de Elba: al tener noticia de su desembarque publicó Soult su famosa órden del dia 8 de marzo de 1815 contra el *aventurero que volvia con el intento de recobrar un poder usurpado;* y no obstante, desconfiando Luis XVIII del general, le retiró su cartera. Algunos dias despues entraba Napoleon en París, y los Borbones se retiraban á Gante. El 25 de marzo se presentaba Soult al emperador de los franceses. El siguiente párrafo del Memorial de Santa Elena puede considerarse como esplicacion de aquella entrevista. «Soult es inocente de toda traicion: él mismo me ha confesado que llegó á sentir una inclinacion efectiva hácia el monarca; y la autoridad que bajo su mando gozaba, segun su dicho, era tan diferente de la de mis ministros, y tenia atractivos tales, que le habian avasallado.»

Poco tardó el enemigo en pisar otra vez nuestro territorio: nombrado Soult mayor general, publicó una nueva órden del dia, en que *el aventurero* era todavía *el grande hombre*, y marchó á donde le llamaba el deber de francés, superior á todas las simpatías personales; es decir, á la frontera, á Waterloo. Allí lidió con bravura. Napoleon desesperado queria arrojarse en medio de las bayonetas enemigas: Soult asió la brida de su caballo, arrastrándole hácia el camino de Charleroi.

Algun tiempo despues iba Napoleon á buscar la odiosa hospitalidad del *Belerofonte*, y Soult retirado á sus hogares, amenazado con un proceso, publicaba una memoria justificativa, en que se hallan algunas líneas impregnadas de cierta especie de odio y de desden hácia *aquel hombre*, que no es otro que *el grande hombre*, su ídolo en otros tiempos, Napoleon vencido, arrancado de cuanto amaba, y condenado á morir sobre una ardiente roca, á dos mil leguas de Europa.

Comprendido en el decreto de 24 de julio Soult fué condenado á destierro, y se retiró con su familia á Alemania. En 1819 se le permitió volver á Francia: el 9 de enero de 1820 le volvió Luis XVIII el baston de mariscal que le habia retirado: el 5 de noviembre de 1829 le confirió Cárlos X el collar de la Orden del Espíritu Santo, elevándole á la dignidad de la pairía.

Despues de la revolucion de Francia no tenia la nacion otra fuerza que el entusiasmo de sus hijos: el ejército era poco numeroso: una nueva invasion podia imponer á la Francia humillaciones parecidas á las de 1814 y 1815. Conoció el ministerio Laffitte la necesidad de agregarse para el departamento de la guerra una cabeza organizadora, y en noviembre de 1830 fué elevado el mariscal Soult al ministerio. Este ministerio de concesion convenia poco á la naturaleza enérgica del mariscal, nutrida con las tradiciones imperiales; así es que se circunscribia en cuanto le era posible al círculo de sus atribuciones, dedicándose á reorganizar la milicia: bien pronto probaron á Europa, que el ilustre veterano nada habia perdido de su actividad, cuatrocientos diez mil soldados, armados, equipados é instruidos.

Tuvo por consecuencia el advenimiento del ministerio Perier, represivo hasta lo sumo, abrir al mariscal el camino de la presidencia del Consejo. Entonces tuvo lugar la aplicacion del sistema militar con sus estados de sitio y sus consejos de guerra permanentes, y hubo durante aquel período funesta lucha entre el poder y los partidos, y corrió la sangre en las calles de París, y ardió sobre el sepulcro del pacificador de la Vendée la primera chispa de civil contienda.

Muerto Perier antes del término de las crisis, tino á ser el hombre de la situacion el duque de

Dalmacia. Despues de las jornadas de abril, en que fué vencido el partido republicano, ya no era una necesidad el sistema militar represivo, y forzosamente habia de modificarse. Mientras duró el peligro casi por unanimidad le sostuvieron las Cámaras; despues de la victoria ya no le querian. A fines de la legislatura de 1834 empezó á señalarse una fraccion hasta entonces indecisa, y conocida mas tarde con el nombre de tercer partido. El duque de Dalmacia fué atacado por M. Dupin de resultas de haber hecho uso del presupuesto de su secretaria con bastante largueza. A la enumeracion prolija y minuciosa que hizo M. Dupin de francos y de céntimos hubiera respondido de buena gana el mariscal á imitacion de Scipion: «He levantado cuatrocientos mil hombres: vamos al Capitolio á dar gracias á los dioses»; pero como se hubiera juzgado de poco valor aquel argumento, se tuvo por mejor disolver las Cámaras. De sus resultas volvió reforzado el tercer partido: se pronunció la mayoría contra el mariscal Soult: se separó Thiers hábilmente de su colega, y el presidente del Consejo se vió obligado á cederle su puesto.

Enviado á Londres en 1838 en calidad de embajador estraordinario para representar á Francia en la coronacion de la reina Victoria, fué el mariscal Soult objeto de una ovacion tan brillante como imprevista: entonces la prensa francesa, hostil antes al mariscal ministro, le tomó bajo su amparo. Ya no era el renegado de todos los partidos, el hombre de sangre del 13 de marzo y del 11 de octubre, el vencido de Tolosa, sino el noble símbolo de la democracia, el soldado del pueblo eclipsando con todo el brillo de su gloria á los hijos de los reyes y á los mas ilustres vástagos de las antiguas familias de Europa.

Soult no es gran orador, ni gran diplomático, ni gran escritor; pero posee una facultad especialísima para reorganizador, á la cual se complacia el mismo Napoleon en rendir homenaje, calificándole como el hombre mas idóneo para ministro de la Guerra.

No intervino directamente el duque de Dalmacia en la coalicion que derribó al ministerio Molé; si bien fué llamado á la presidencia del Consejo el 12 de mayo de 1839. Bajo su mando se suscitó la cuestion de Oriente, aplazada cinco años habia con motivo de las hostilidades entre el Sultan y el virey de Egipto. Soult tuvo la ventaja de salir en el momento crítico del ministerio, pues cayó el 1.° de marzo del siguiente año, y la Francia no tuvo parte en el tratado del 15 de julio. Aun dura el ministerio de 29 de octubre que tuvo órden de formar en compañía de M. Guizot; y el ilustre veterano parece decidido á morir en la brecha.

MEDITACION.

Siempre confuso el cielo!... siempre oscuro
sin una luz que alumbre mi camino?.....
siempre infeliz!... errante, sin destino,
cual náufrago perdido entre el revuelto
mar proceloso de la vida mia,
la pavorosa planta oprime el suelo,
sin que una mano amiga enjugue el llanto,
de mis ardientes fatigados ojos!!....

¡Patria... amistad... dulcísimos amores!
y gloria y libertad!... ¡Míseros sueños
de la edad infantil!!... ¿dónde sois idos?
¡ilusiones hermosas de la vida!!.....
¡qué amargo cáliz de tristeza apuro
al comprender el infernal misterio
de vuestra gloria mentirosa y vana!.....

Ayer miré por el azul del cielo
la blanca nube que cruzó el espacio;
en el hondo confin del firmamento
el confuso rumor del ronco trueno,
las tristes sombras levantó asustadas;
y al sacudir sus prepotentes alas
el soberbio huracan, la débil nube
en la insondable confusion luchando
perdió el vuelo infeliz, y entre las sombras
su libre curso sepultó el destino.

¿Y qué eres tú sobre el perdido mundo
miserable mortal?.... cual fue la nube,
sombras mis sueños son; sombra mi gloria,
sombra mi porvenir, y mi presente, una
misteriosa ilusion que arrastra el viento
de la mundana iniquidad del hombre.

¿Qué buscan ya tan miseros mis ojos
sobre el cansado mundo de los tiempos?...
¿A dónde van por la tranquila tierra,
las angustiadas horas de la vida?.....
dónde los años de mi edad primera,
el dulce lamentar y los amores,
y el blando sonreir que un tiempo hacia
feliz el corazon que suspiraba?.....

¿A dónde de la patria las riberas
su santa libertad, y mis amigos?.....
¡prendas del corazon desventuradas!.....
yo tengo que llorar si las recuerdo:
unidas siempre en la memoria mia
ellas, presiden intranquilo el sueño
que aletarga la mísera existencia;
con ellas viene á despertarme el dia,
la luz amarillenta de la tarde;
con ella, si susurra el blando viento,
el eco tumultuoso del torrente,
la negra sombra y la bendita luna,
y el sepulcral silencio de este mundo.

Pero me encuentran solo estos recuerdos
agitado, luchando con mis penas:
perdida la ilusion y la esperanza;
árida peña, sin brotar aromas;
árbol caido que arrancára el viento,
y que arrastró las flores de su vida
el huracan horrisono y violento.

¿Qué son para mi noche los nublados?....
¿qué son las heces de la hiel amarga,
el ruido pavoroso, los gemidos,
y el iracundo grito del que muere?....
¡Nada, gran Dios;!... mas triste el alma mia
siente mayor tormento y mas desgracia,
y donde quiera que la mente gira
desolacion, y llanto, y desventura,
y miserias sin fin, y eterno duelo,
¡misterios son que tan potente mano
derrama sobre mí para agoviarme!....

¡Ah! yo no puedo levantar los ojos
á tu morada plácida y serena,
á esa grandiosa tienda que corona
de polo á polo el pálido horizonte:
ni contemplar la luz que eterna anima
el universo todo; y que derrite,
la nieve suspendida de los montes,
que acompaña la dulce primavera,
que convierte el jardin en mar de flores,
que al aire torna sus doradas plumas
y á las corrientes sus cerúleas ondas!....

¡Que para mí Señor... ¡están nubladas!...
y cubiertas de nieve las montañas,
y sin verdor la dulce primavera,
sin matices las flores y las aves,
abrasado el cristal de las corrientes,
y el universo todo desolado!!...
seco mi corazon como el desierto,
volcan donde fermenta y se derrite
el pensamiento de la horrible duda,
y helada tumba en que encerrarse puede,
cuanta desgracia oprime al triste mundo.

¡Ay ¿si pudiera comprender tus obras,
saber la eternidad dónde se esconde,
y cuál es la virtud, cuál la injusticia;
y en que tiempos se premian y castigan,
las inmensas acciones de los hombres!...
pero se pierde el pensamiento y gira,
como en las aguas turbulentas ondas,
y en vano tiende la esperanza el vuelo,
en vano tu soberbia omnipotencia
quiere endulzar las penas de mi vida:
porque el darle un alivio á mi tormento
bajo el confuso manto de tu gloria,
¡consuelo no hay, gran Dios, para mis males,
amigos, libertad, patria, ni amores!....
y solo esclavitud y eterno llanto,
y miserias sin fin, y sangre miro,
por donde quiera que la vista giro.

JOSÉ GUEL Y RENTÉ.

París á 15 de julio de 1845.

ESPAÑA MONUMENTAL.

Catedral de Valladolid. — Su portada principal tiene cuatro columnas de órden dórico; es de sesenta pies de altura, y en los intercolumnios se ven las estátuas de San Pedro y San Pablo. Comprende este cuerpo un arco de 24 pies de ancho y doble altura, y se vé la asuncion de la Vírgen en escultura entre su clave y la puerta. El templo en lo interior es de tres naves, y forma un rectángulo de mas de cuatrocientos pies de largo y doscientos de ancho. Su arquitectura es de órden corintio con pilastras resaltadas primorosamente en los pilares de las naves, y estos sostienen, aunque no en completo número, los arcos y las bóvedas de la techumbre del edificio. Existe en una de las capillas el sepulcro del conde Ansurez, y escritos sobre unas tablas decian unos versos:

A LA DERECHA:

Aquí yace sepultado
un conde digno de fama,
un varon muy señalado,
leal, valiente y esforzado,
D. Pedro Ansurez se llama;
el cual sacó de Toledo,
de poder del rey tirano,
al rey que con gran denuedo
tuvo siempre el brazo quedo
al horadarle la mano.

La vida de los pasados
reprehende á los presentes,
y á tales somos tornados,
que el mentar los enterrados
es ultrajar los presentes.

Porque la fama del bueno
lastima por donde vuela;
al bueno con la espuela,
y al perverso con el freno.

A LA IZQUIERDA:

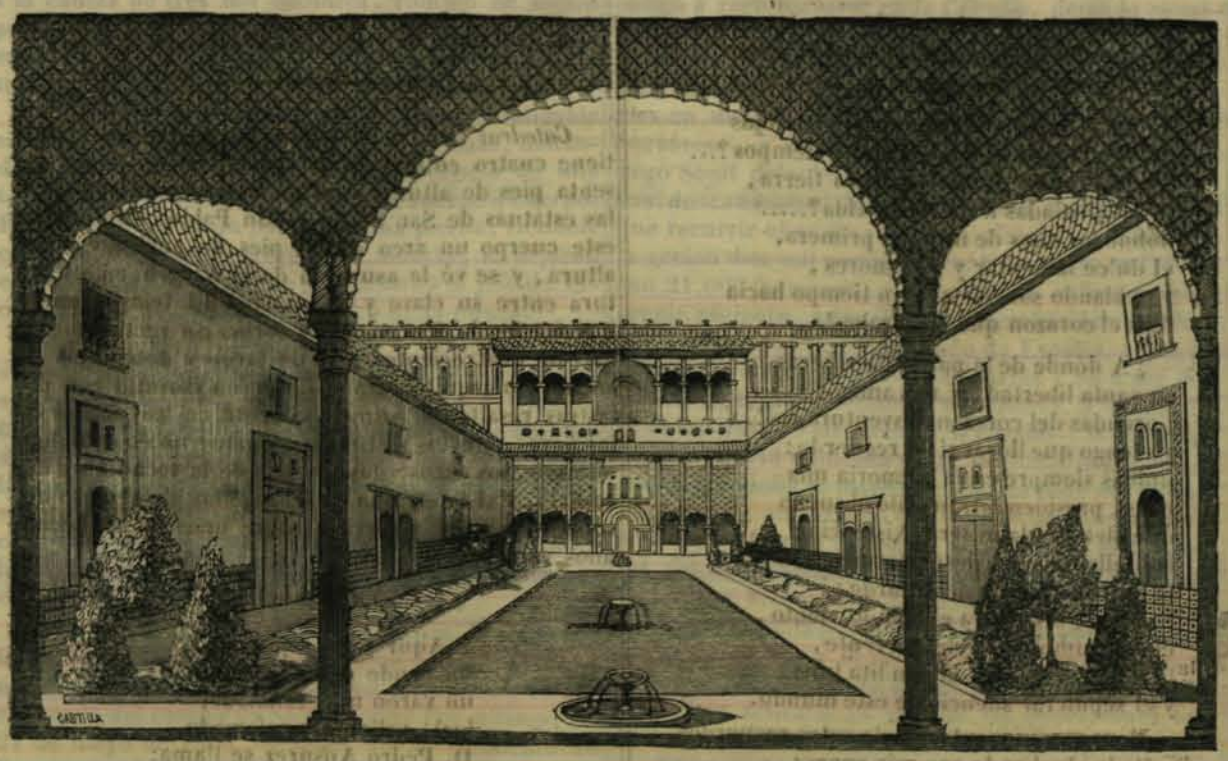
Este gran conde escelente
hizo la iglesia mayor,
y dotóla largamente;
el antigua y la gran puente
que son obras de valor;
San Nicolás y otras tales
que son obras bien reales,
segun por ellas se prueba;
dejó el hospital de Esqueves
con otros dos hospitales.

Por esta causa he querido
que pregone esta escritura
lo que nos está escondido,
ya casi puesto en olvido
dentro de esta sepultura:
porque en este claro espejo
veamos cuánta mancilla
ahora tiene Castilla,
segun lo del tiempo viejo.

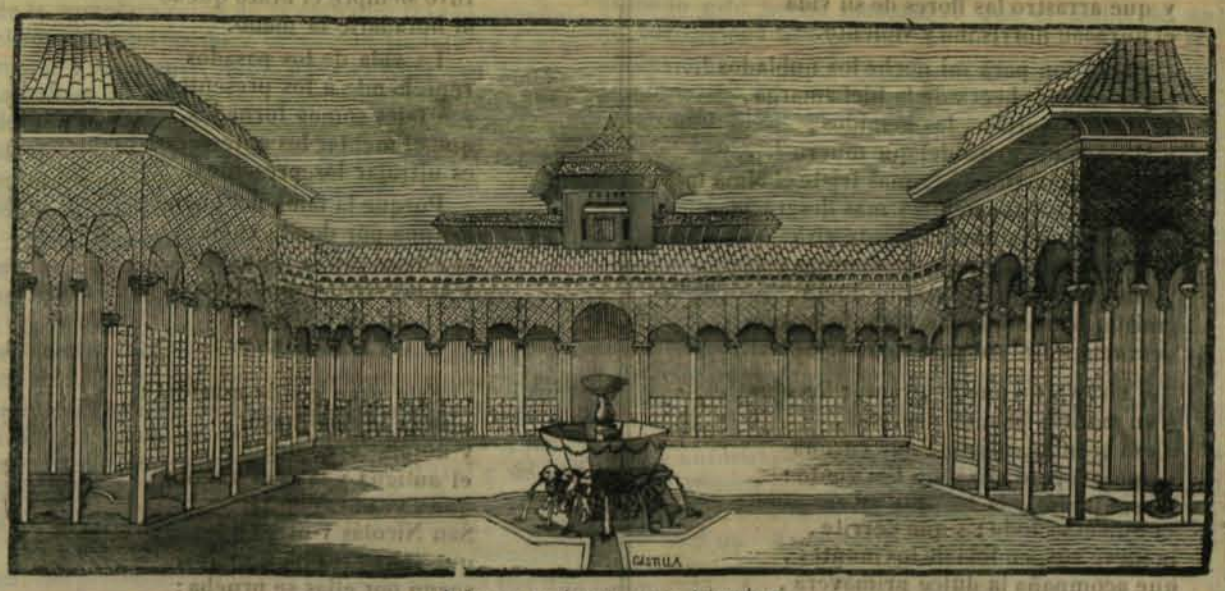
San Pablo de Valladolid. — Era convento de frailes Dominicos: es notable su portada. Fundó este edificio la esposa de don Sancho el Bravo en 1286. Despues en 1481 hizo Torquemada diversas obras, mejorándolas luego el duque de Lerma, privado de Felipe III. Este templo es gótico; tiene en la sacristía una coleccion de retratos de papas: el coro es de mérito estraordinario.

No nos detenemos á hablar de la famosa Alhambra, descrita por Chateaubriand, Martinez de la Rosa y otros poetas, limitándonos á ofrecer á nuestros lectores dos vistas, *del patio de los Leones*, y *del patio del Estanque.*

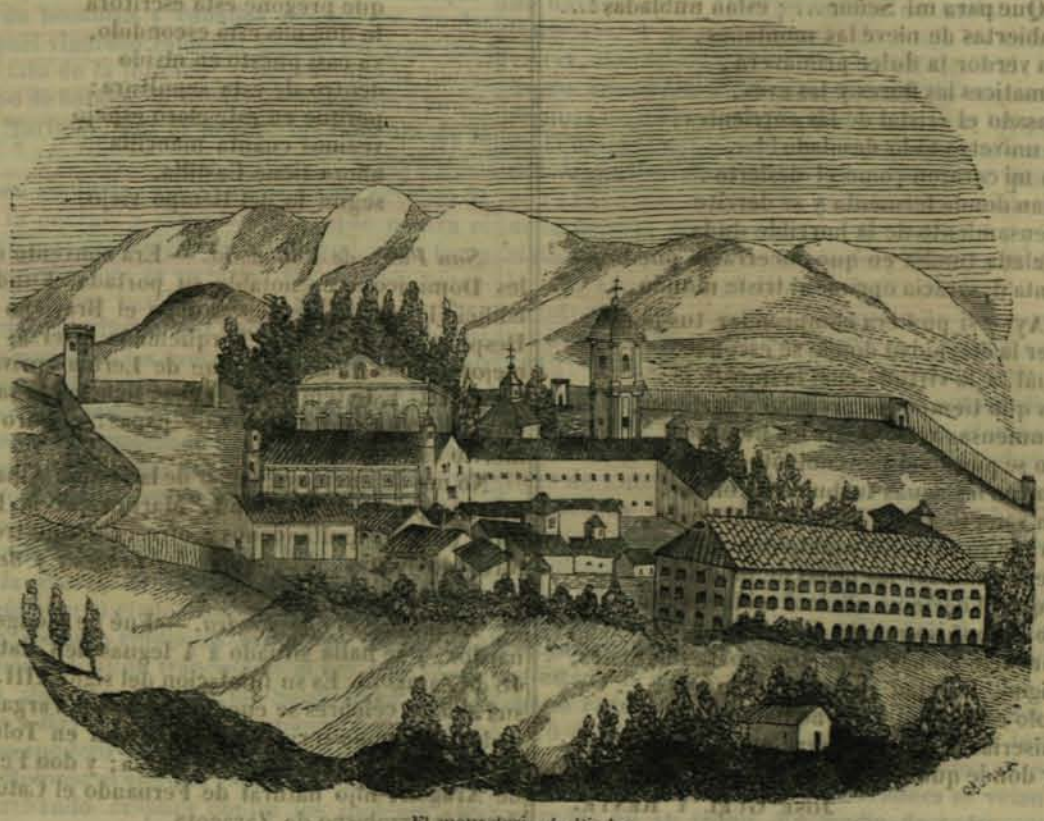
El monasterio de Piedra. — Fué de monges Bernardos, y se halla situado á 4 leguas de Calatayud y 18 de Zaragoza. Es su fundacion del siglo XIII. Entre sus abades célebres se cuentan el padre Vargas, fundador del monasterio de Monte-Sion en Toledo, y reformador de su Orden en Castilla; y don Fernando de Aragon, hijo natural de Fernando el Católico, y despues arzobispo de Zaragoza.



Patio del estanque en la Alhambra.



Patio de los Leones en la Alhambra.



El monasterio de Piedra.

Soldado feota.

Voluntarios de Navarra.

Miñon aragonés.

Catedral de Valladolid.

Empecinados.

Portada de San Pablo en Valladolid.

Guerrillero de Viriato.

Miquelete catalan.

Almogabar.

Mozos de escuadra.

GUERRILLEROS ESPAÑOLES.

Es Viriato el padre de los guerrilleros españoles, con los que lidió contra los romanos durante siete campañas, hasta que fué asesinado mientras dormia. Ya no volvieron á mostrarse hasta la invasion agarena, en que se hicieron célebres los Almogabares. En el levantamiento de Cataluña de 1640 se formaron cuerpos de *miqueletes*. Formaron por entonces los franceses compañías de *fusileros de montaña*, compuestas de catalanes. Felipe V, despues de someter al Principado, creó los mozos de escuadra que aun subsisten. Célebre se hizo el *Empecinado* con sus guerrilleros durante la lucha de la Independencia. Batiéronse con heroismo los *miñones* aragoneses en la batalla de Tudela. De 1820 á 1823 se daba á los facciosos el nombre de feotas. *Los voluntarios de Navarra*, durante la última guerra, pueden ser tambien considerados como guerrilleros.

LA CRUZ DE ORO.

LA EMBOSCADA.

CONTINUACION DEL CAPÍTULO III.

—El señor conde cree sin duda que rodeado de enemigos y haciendo de contínuo frente á la osadía con que el pueblo levanta hoy la cabeza, no tiene que temer el encono de sus adversarios ni los secretos planes que contra su vida y su poder se forman.

—Qué decís? esclamó el anciano con viveza. ¿Se atreven todavía á tramar conjuras y á promover nuevos disturbios, los hombres á quienes mi autoridad ha sabido contener en el camino de su ambicion y de sus desórdenes? Cómo es que lo sabeis? Qué intentan esos miserables?

—La autoridad de vuestra persona y de vuestro nombre se halla en estos momentos gravemente comprometida; vuestra misma existencia y aun la del señor baron, que me está escuchando, peligran esta noche si no os apercibís desde luego y tomais las armas para repeler con la fuerza una violenta acometida que van á dar á vuestro palacio, atacándolo por sorpresa y prendiendo fuego á una parte de él como señal terrible de la ira que vuestros contrarios alimentan: su número es crecido, sus precauciones están perfectamente tomadas, cuentan con próximos auxilios de otras ciudades, y desde esta noche Zamora va á ser teatro de innumerables desdichas, porque el fanatismo que á los rebeldes domina y su sed de venganza no retrocederán por muchos reveses que vuestro valor les ocasione.

—Oh! dijo el conde con energía, temen presentarse cara á cara y procuran hallarme desprevenido..... Por fortuna vuestra llegada desbaratará sus esperanzas y.... pero sepa yo quién sois para que vuestros servicios obtengan alguna recompensa.

—Ninguna merezco al cumplir con mi deber, por lo demas mi nombre os es absolutamente desconocido: me llamo Escobedo y soy mercader de lanas. Una rara casualidad me ha proporcionado el saber los proyectos de que os he hecho mencion, y á fuer de buen vasallo he creido indispensable avisaros del peligro que os cerca y que crece á cada momento, pues la hora se va acercando y quizás vuestros enemigos no tarden en dirigirse hácia aquí.

—Será posible? prorumpió agitado el baron, levantándose de su taburete.

—Pronto, dijo el conde, dejando su sillon, pronto, dispongámonos á recibirlos.

—Pero qué gente es esa? quién los manda? preguntó el de Alburg.

—No lo adivinais, señores?

—Por ventura, esclamó el conde, seria su jefe don Antonio de Acuña!

El desconocido movió la cabeza por dos ó tres veces como señal afirmativa.

—Bien lo sospechaba yo, contínuo el anciano; bien temia que la inquieta ambicion de ese prelado arrostrase por todos los miramientos humanos para colmar sus deseos.—Qué horror! El báculo pastoral trocado por la lanza! La blanca túnica por la acerada cota!.... Vamos, baron, Dios no puede menos de castigar tanta impiedad y tal soberbia.

El conde se disponia á salir del aposento cuando una idea repentina le detuvo.

—Pero y mi hija? esclamó inquieto y sobresaltado. ¿Qué va á ser de Isabel en medio de los horrores de un combate de esta naturaleza y en el sitio mismo al cual dirigen sus iras los rebeldes?

—Cómo ha de permanecer en palacio! repuso vivamente el baron en cuyo semblante se notaban visibles señales de disgusto, hijo de lo poco dispuesto que se hallaba en arriesgar su vida en este trance.

—En efecto, señor conde, añadió en seguida el otro personaje, si vuestra hija está aquí, debeis alejarla inmediatamente y de cualquier manera. Considerad lo terrible de esta lucha, no olvideis que quizás las llamas pueden invadir este recinto, y que si os viéseis precisado á abandonarle, ó si por desgracia vuestros enemigos llegasen á penetrar en él ninguna consideracion los detendria y vos mismo no podríais acudir en socorro de vuestra hija.

El baron apoyó con empeño las observaciones de aquel hombre mostrando un desasosiego inesplicable. Si los antecedentes de su vida hubiesen sido otros, el conde habria creido que le faltaba valor á su futuro yerno para arrostrar los riesgos que se presentaban, pero esta idea que seguramente hubiera contristado el ánimo del anciano se desvanecia con la memoria de heróicos hechos que el baron tenia probados en el campo de batalla y en mas de una circunstancia dificil. Así pues, al escuchar de su boca que doña Isabel no debia bajo ningun concepto permanecer en el palacio y que era preciso alejarla de allí cuanto antes, el noble conde no vaciló un momento, porque su hija era para él lo mas sagrado en este mundo y porque conocia que iba á emprender una lucha cuyo resultado y cuya duracion no podia preveerse.

—Pues bien, esclamó en seguida; alejemos á Isabel de palacio, pero, ¿estaremos tranquilos dejándola en Zamora? Podremos confiar en que esta ciudad no sea teatro de mas terribles escenas? Oh! La seguridad del triunfo me acompaña, pero Dios sabe cuánta sangre no me harán derramar esos tenaces comuneros para conseguirlo.

—Ignorais, dijo el mercader, las numerosas fuerzas que vienen de estas inmediaciones al socorro de vuestros contrarios? Creeis que con rechazarlos de vuestro palacio lo habreis conseguido todo? No, señor conde, la refriega empezará esta noche, pero no creais que tenga un corto término, porque la rebelion de las ciudades ha cundido demasiado para que en Zamora se aniquile de un solo golpe.

—En fin, añadió el baron, ello es preciso resolver cuanto antes respecto de vuestra hija. Mi opinion seria.....

—Hablad, repuso el conde, hablad, porque yo no sé qué decidir al verme de improviso rodeado de acontecimientos tan graves.

—Mi opinion seria, contínuo el de Alburg, que doña Isabel volviese á Tordesillas en tanto la rebelion existiese en esta ciudad; allí estará segura al lado de la reina y nosotros mas tranquilos: bien sabeis la sentencia que á mí propio me impongo con esta determinacion, pero no encuentro medio alguno que mejor pueda convenir á este objeto.

—Si la prueba de fidelidad y adhesion que acabo de daros, añadió el otro personaje, me autoriza para atreverme á hacer una indicacion, diré que el señor baron de Alburg, á lo que creo, ha dado el parecer mas prudente.

—Volver á Tordesillas! esclamó el conde, bien, aléjese de estos parajes y sea como decís.

Los ojos del mercader brillaron con espresion mas viva: la fisonomía del baron se animó con inquieta esperanza. Los dos sin embargo abrigaban distintas intenciones, si bien cada uno por su parte habia contribuido á que llegasen las cosas á este punto.

—Y quién ha de acompañarla en tan repentino viaje? repuso el anciano, —señor baron, yo os ruego que os encargueis de ello, mi ayuda de cámara irá tambien á vuestras órdenes, y por mas que repugne á vuestra nobleza dejar á Zamora, cuando la rebelion levante su frente.....

—Será un sacrificio para mí, pero lo acepto en prueba de mis sentimientos hácia doña Isabel; contestó inmediatamente el de Alburg con afectada resignacion.

—Fuerza es que os prevenga, dijo en seguida el mercader, que los caminos ofrecerán poca seguridad con la venida de los partidarios del obispo; al menos seria prudente tomar algunos rodeos y si mi práctica en estas materias pudiera seros útil...

El conde le miró atentamente y le dirigió estas palabras.

—Hasta ahora os he dado crédito y os he tenido por un vasallo fiel, admito vuestra oferta, pero, ¡ay de vos si nos engañais!

—Mi cabeza, repuso aquel hombre, responderá de todo.

—No lo olvideis —añadió el anciano con acento firme y solemne.

—Acepto toda la responsabilidad que se me impone, y espero que no os arrepentireis de haber dado crédito á mis palabras; por lo demas, me hallareis á las puertas de la ciudad dispuesto á acompañaros y á garantizar con mi persona mis acciones.

—Está bien, repuso el conde. Ahora, señor baron, contínuó dirigiéndose á éste—hacedme la merced de participar á mi hija nuestro proyecto y de invitarla á prepararse para emprender la marcha inmediatamente; yo entretanto voy á poner sobre las armas á mis fieles servidores y soldados, y á disponer que salga alguno de ellos á observar lo que en la poblacion ocurra. Vos, señor Escobedo, seguidme, aun tengo que pediros noticias mas circunstanciadas.

Apenas pronunció estas palabras salió el conde del aposento seguido del mercader, y el de Alburg, respirando con espansion y como viéndose libre de un peso que fatigaba su alma, dirigióse á la puerta por la cual Isabel habia entrado al retirarse anteriormente, dió un golpecito en ella y pidió permiso para ser recibido con acento afectadamente cortés. En el instante mismo abrieron por dentro y apareció una dueña que sirvió en aquella ocasion como de introductora al noble flamenco, el cual por un movimiento instintivo cerró tras sí la puerta, quedando el gabinete donde hace poco estaban nuestros personajes, solo y en un profundo silencio.

Así permaneció un breve instante, cuando empujaron con cuidado y lentitud por la parte de afuera, las vidrieras del balcon que allí hemos citado antes, y cediendo sus hojas se entreabrieron y asomó por entre ellas la cabeza un hombre que mirando á un lado y á otro y cerciorándose por sí mismo de que no habia nadie, salió de aquella especie de escondite y se detuvo indeciso y receloso en medio de la habitacion.

Este hombre era don Diego á quien dejamos en el patio principal del palacio, y que á fuerza de precauciones y sin duda favorecido por la suerte habia llegado hasta aquí, pareciéndonos oportuno el referir sucintamente cómo y por qué medios.

Al pie de una de las columnas del patio y á favor de la oscuridad, permaneció don Diego por algunos instantes sin saber á dónde podria conducirle su deseo, y casi desesperado de que su tentativa tuviese el resultado que deseaba. Todo era silencio y soledad y su propia imaginacion confundida en multitud de ideas, apenas le prestaba una que produjese algo en tan críticos momentos: resuelto sin embargo á no salir del palacio y queriendo apurar todos los recursos posibles para lograr su empeño, decidió internarse por los embovedados callejones que en torno suyo habia y entregarse en manos de la casualidad, si es que el cielo no le inspiraba un pensamiento útil y adecuado.

Dirigióse con paso lento é imperceptible por uno de aquellos corredores bajos, y siguiéndolos hasta su conclusion, salió á otro patio mas grande que el primero aunque sin columnas, rodeado de ventanas enrejadas que tocaban casi desde el suelo hasta los balcones del piso principal; una de las cuales divisó alumbrado con las luces cuyo resplandor salia al través de las vidrieras de una habitacion. Fijó naturalmente don Diego en él sus ojos, y la sombra de una mujer, se dibujó fugaz en los vidrios repetidas veces, acabando por quedar fija en un punto y de manera que indicaba estar sentada la persona, pues tan solo se veia ya la cabeza inmóvil casi siempre y algun tanto inclinada.

Esto solo bastó para que la esperanza renaciera en el corazon de don Diego. Como el deseo suele tener impulsos incomprensibles pero acertados, los labios del jóven pronunciaron de pronto el nombre de Isabel como si él estuviese convencido de que ella era en efecto y no otra alguna la mujer que á favor de las luces descubria.

Y por esta vez no le engañaron sus presentimientos, porque doña Isabel era la que sentada en una banqueta en compañía de su padre y del baron estaba como la hemos presentado á nuestros lectores.

Pero aunque el jóven, pasada su primera impresion, reflexionó que podia muy bien haberse equivocado, no desmayó por eso, pues ya veia un medio de que aprovecharse: aquella mujer fuese la que fuese no podria negarse á favorecer un intento tan noble, tan lícito, tan importante como el suyo; aquella mujer como todas las de su sexo tendria la suficiente penetracion para comprender á la menor palabra la pureza de sus intenciones y mas propicia que hombre alguno para proteger su proyecto sin ponerle en el caso, que precisamente queria evitar á toda costa, de hablar al conde, podia ser en momento semejante su único, su mas propicio protector. Así, pues, estudiando la manera mas posible para que las sospechosas formas que iban á acompañar su aparicion no desbaratasen los resultados de ella, y volviendo á mirar en rededor de sí por si alguno le estuviese observando, revistióse de toda su serenidad y asiendo los hierros de la ventana que al pie de aquel balcon habia y poniendo en ellos sus pies, trepó por la reja y en un instante llegó al balcon no sin observar á los personajes que con sorpresa suya vió en el aposento, y aprovechando el momento mas oportuno para saltar adentro y ocultarse aunque con gran trabajo detrás de la parte de la madera que las puertas de cristales tenian. Allí, escondido y receloso escuchó con toda la amargura de su alma la conversacion del conde y de su yerno, las respuestas tímidas y forzadas de doña Isabel, y últimamente las revelaciones y palabras del desconocido cuyo acento era el mismo que pocos instantes hacia oyera en la puerta del palacio sin poder recordar de quién fuese, pero que ahora hasta con espanto adivinaba. Sin poder esplicarse á sí mismo cómo aquel hombre traia un mensaje semejante y dudando de todo cuanto estaba oyendo, solo la triste realidad de los sucesos que en la misma noche habia presenciado y debia despues ver mas cruelmente le convencia de que no era un sueño cuanto le rodeaba. Cuando notó que en la habitacion ya no habia nadie... y oyó por último la voz del de Alburg y de la dueña y el sonido de la puerta que cerraba el primero tras sí, decidió el jóven aventurarse de una vez, y salió de donde estaba oculto como hemos referido.

Pero mas que antes desmayó su ánimo al tocar tan de cerca los graves inconvenientes de su situacion, porque si bien se hallaba dentro de las habitaciones principales del palacio; si bien debia estar próxima la de su amada, fácil era que le descubriesen por lo mismo que aquel sitio debia ser mas frecuentado por su dueña: esta tal vez se hallaba en el mismo aposento de doña Isabel y esto rodoblaba su sobresalto mas que animaba su esperanza, porque si le sorprendian, en vano su amante podria ocultar á los ojos de todos su sorpresa y su dolor, con lo cual, acabaria por aparecer culpada sin serlo.

Todas estas ideas se agolparon á la mente de don Diego y sin atreverse á mover su planta permanecia vacilante respecto de la determinacion que necesitaba tomar, cuando oyó ruido en el aposento inmediato y sintió pisadas que se acercaban lentamente: agitado entonces y temiendo ser descubierto, dirigióse hácia el balcon donde habia estado oculto, y al abrir las vidrieras vió que se reunian y cruzaban de un lado á otro los soldados y escuderos del conde, sacando los caballos de las cuadras y disponiéndose para la comun defensa: el jóven no se atrevió á volver allí por las luces que los criados tenian y las hachas de viento que habian algunos atado á las rejas, iban á esponerlo seguramente á la vista de todos. Así, pues, con una presteza increible volvió á cerrar las vidrieras, y hallando á su izquierda la puerta entreabierta de otra habitacion, entró en ella, cerró por dentro con llave, y se puso en tan crítico trance á merced de su destino.

Poco tardaron en abrir el aposento en el cual penetrára el baron saliendo éste acompañando á doña Isabel, cuyo semblante daba muestras del mas vivo sobresalto.

—Y mi padre? le preguntó la jóven al de Alburg con un ansia indecible.—¿Dónde está mi padre?

—Tranquilizaos, le contestó el flamenco. Esta medida es solo una precaucion prudente y nada mas: ciertos avisos, ciertas instrucciones de los señores del consejo la han ocasionado, pero creedme, no hay el menor motivo para que os sobresalteis de esa manera.

Doña Isabel traia puesto un sencillo pero elegante traje de camino, y no pudo menos de apoyar en esta circunstancia gran parte de sus temores.

—Luego qué he de pensar, dijo, al ver lo repentinamente que mi padre ha mandado me disponga para este viaje cuando al retirarme á mi cuarto, ninguno á lo que creo teníamos la mas remota idea de que pudiera verificarse?... Oh! señor baron, yo necesito ver á mi padre, necesito tranquilizar mi espíritu oir de sus propios labios el por qué de este estraño misterio.

—Pues bien, voy á complaceros poniendo en su noticia vuestra inquietud por él y vuestro deseo. Disimuladme si os dejo sola estos breves instantes y tranquilizad en el interin vuestro ánimo. Pronto estaré de vuelta.

El baron saludó á la jóven respetuosamente y se marchó en busca del conde; ella se dejó caer en un sillon agoviada por los distintos pesares que la afligian y dando rienda suelta á sus lágrimas casi siempre comprimidas en su pecho por la presencia de los que de continuo le rodeaban: aquel corazon, niño todavía, esperimentaba amargas penas y crueles dolores, y el amor le habia prestado muy pocos instantes de consuelo y esperanza. Desde las almenas de la estrecha clausura, que tal puede llamarse el palacio real de Tordesillas, donde durante un año se hallára al servicio de la reina, vió por primera vez á don Diego, y conoció tambien por vez primera el sentimiento de una pasion en toda su pureza. Las rejas fueron al principio secretos testigos de sus afectuosas y lícitas conferencias, y los jardines prestaron mas tarde su sombra al jóven amante, que dedicado á la profesion militar, y ausente generalmente de Tordesillas, solo de vez en cuando podia acudir al paraje de sus citas misteriosas, en el cual la jóven le esperaba todas las noches inquieta y enamorada. Los proyectos del conde turbaron la alegría y la felicidad de Isabel; y á la noticia de que iba á ser la esposa del baron de Alburg, flamenco, egoista y codicioso, perdió de un golpe todas sus esperanzas; sabiendo que aquel sacrificio acabaria con su vida, la ofreció gustosa á su padre, porque ni su educacion, ni su carácter, ni sus creencias la inspiraban otra cosa que no fuese respeto y sumision. Así veia acercarse la hora del fatal casamiento como la última de su existencia; y si bien con el improvisado viaje esperaba se retardase, no estaba mas tranquila; porque al mismo tiempo que una tardanza no significaba para ella sino mas dias de terrible desasosiego y de vacilacion cruel entre sus inclinaciones y sus deberes, la precipitacion de su marcha, y los preámbulos con que el de Alburg se la anunciára, la revelaron justamente todo lo que acontecia, y temió por su padre al considerarlo cercado de peligros, y envuelto en una lucha de que ya ella tenia sospechas, y que dos semanas antes habia visto indicada en Zamora al declararse este pueblo por la Comunidad.

Facil es considerar, á la vista de estas razones, el estado de Isabel y la afliccion aguda de su alma. Sin que hallára en sí misma, ni en cuanto la rodeaba, consuelo ni alivio alguno, alzaba al cielo sus ojos bañados en llanto, y pedia al Todopoderoso, si no el remedio de sus males, resignacion al menos para sobrellevarlos.

De pronto oyó con estrañeza crugir la cerradura del gabinete donde solia emplearse en su labor, y aparecer ante su vista á don Diego, que descubriendo el embozo de su ferreruelo, cayó á sus pies de rodillas, mas tierno, mas rendido, mas apasionado que nunca. La jóven no pudo reprimir un grito ahogado de alegría y de temor, y apenas su labio balbuciente espresó estas palabras:

—Sois vos!!... ah! qué habeis hecho!

—Isabel, esclamó don Diego incorporándose y con voz apresurada.—Conozco mi osadía, comprendo á lo que os espongo; pero por Dios no me culpeis. En vano acudí al lugar de nuestra cita; vine á Zamora al saber ese enlace funesto, y aunque estoy decidido á evitarlo á precio de mi sangre, solo un motivo poderoso, importante, me ha obligado esta noche á cometer esta indiscrecion; permitid que su gravedad me haga omitir ahora tanto, tanto como quisiera deciros; pero los instantes son preciosos, y la vida de vuestro padre peligra sino...

—Acabad; acabad, don Diego.

—Siento pasos... alguno viene hácia aquí.

—Ah! ocultaos; pero decidme...

Una persona se dirigia á aquella habitacion, y á la menor tardanza lo iba á descubrir todo.

—Dentro de palacio hay hombres introducidos de intento para asesinar á vuestro padre.

Diciendo esto, don Diego volvió á ocultarse en el gabinete.

La jóven quedó aterrada al escucharlo.

El mercader Escobedo entraba un instante despues en el aposento. Afortunadamente nada habia oido.

Una corta pausa siguió á esta repentina escena, y el mercader rompió el silencio saludando humildemente á doña Isabel.

—Quién sois? le preguntó ésta estrañando el ver á una persona desconocida en aquel sitio.

—Un amigo de vuestra casa y un esclavo vuestro, contestó Escobedo inclinándose respetuoso.

—Dónde habeis dejado á mi padre? guiadme á donde esté: necesito hablarle, poner en su noticia...

La jóven se hallaba tan confusa y agitada, que no sabia qué hacer ni qué decir.

—Vuestro padre, señora, acaba de librarse de un inminente riesgo.

—Será verdad!

Una turba de asesinos habia logrado introducirse en vuestro palacio para atentar contra su vida, y un criado del señor conde que habia entrado en esta conjura, ha sido quien los ha delatado cuando ya los tenia ocultos en un paraje y dispuestos para cometer su horrendo crimen: á favor de este lazo han sido todos presos, á escepcion de tres, que defendiéndose con los demas han podido escaparse milagrosamente. Así, pues, perded todo recelo, y dad gracias á la Providencia por el beneficio que acaba de haceros á vos y á mi noble señor vuestro padre.

—Y no hay temor de otra tentativa semejante? preguntó la jóven sosegada con las palabras del mercader.

—Ninguno. El señor conde, gracias á mi celo, está prevenido de todo y sabrá inutilizar los amaños de sus enemigos.

—Luego de tal modo conspiran contra él!

—No podeis formaros una idea de sus maquinaciones: yo mismo no las creeria, si una impensada casualidad no me hubiese proporcionado la ocasion de ver cómo en casa del obispo don Antonio de Acuña se urdian esta misma mañana planes tenebrosos y secretas tentativas, formadas en su mayor parte por un capitan llamado Diego de Vargas, cuya ira hácia vuestro padre no pudo menos de llenarme de indignacion.

—Qué estais diciendo? esclamó doña Isabel aterrada y sin poder contener sus ojos, que se clavaron instintivamente en la puerta del gabinete donde su amante estaba oculto. ¿Quién es ese capitan de que me hablais, le conoceis vos?

—Muy poco, contestó Escobedo con la mayor sangre fria; pero la voz pública cuenta de él lo bastante para formar idea de su persona. Ahora, sin ir mas lejos, dicen que está engañando vilmente á una jóven de ilustre sangre y alta cuna, haciéndola creer que la ama, en tanto que tiene puesto su cariño en otra, por señas tan noble y tan elevada, que solo su osadía pudiera presumir locura semejante.

—No os comprendo: ¿quién puede ser?

—Fácil seria el averiguarlo si tuviésemos aquí cierta joya, ofrenda amorosa de su nueva pasion.

—Cierta joya!!... Bien; nada me importan esas cosas; nada quiero ya saber.

—Aun pudiera contaros...

—Callad! me espantan tamaños hechos y tan negro proceder: callad os digo.

El mercader se encogió de hombros: la jóven lanzó un suspiro, que en vano quiso reprimir en su pecho. Tantos sufrimientos eran demasiado para su corazon.

Escobedo habia conseguido parte de su objeto, y creyó oportuno cumplir el mensaje que á propósito retardára hasta entonces.

—Disimuladme, señora, dijo á la jóven, si distraido con nuestra conversacion no os he participado el objeto de mi venida á este sitio. Vuestro padre me ha enviado á llamaros, y os espera en la galería principal: creo que el momento de vuestra marcha ha llegado: yo parto tambien á esperaros en la puerta que al camino de Toro cae, para servir de guia en otra espedicion á Tordesillas.

—Mi padre me llama! esclamó la jóven sin atreverse, en medio de sus celos, á abandonar á don Diego en aquel lugar, hasta que halló en su mente un pretesto para volver despues.

—Quereis le diga alguna cosa?

—No; voy á su encuentro, contestó doña Isabel saliendo precipitadamente de la habitacion, y alejándose veloz por los corredores.

El mercader con los brazos cruzados, y moviendo irónicamente la cabeza, se quedó viéndola marchar, hasta que la jóven desapareció de su vista; entonces volvió á su calma habitual, y se dispuso á reunirse tambien con el conde; pero al mover su planta sintió un ruido estrepitoso detrás de sí, y apenas tuvo tiempo para mirar lo que era, porque sintió que le asian con violencia de un brazo, y se halló cara á cara con don Diego, que con eco ronco y descompasado ademan le dijo: — No saldreis!

(Se continuará.)

ADIOS, ILUSIONES.

A la memoria de mi querida madre.

Menguadas ilusiones de la vida,
Miserables abortos del destino,
No coloreis mi sien ya desteñida
Ni volvais á flotar en mi camino.

No ya turbeis mi fúnebre sosiego
Con vuestros dulces cantos de sirenas,
No ya encendais el mortecino fuego
Ni conforteis la sangre de mis venas.

No brilleis como espléndidos fanales
Que mas se alejan cuanto mas se avanza
Del mundo en los desiertos arenales,
Moribunda en el seno la esperanza.

No acaricieis el curso de mis horas
Con ráfagas de gloria y de fortuna,
Pues venis en tropel engañadoras
Y faltándonos vais una por una.

Con vosotras soñe y os vi hechiceras,
Llamásteis á mi albergue solitario
Y en él os acogi por compañeras,
Y os di mi corazon por santuario;

Mas profanásteis tan solemne asilo,
Y por señal de nuestra alianza rota
Lágrimas engendrásteis hilo á hilo
Y con ellas caísteis gota á gota.

Ya ni esperar podeis de mi quebranto
Esos que apeteceis mústios despojos,
Árido y seco el manantial del llanto
Niega tributo á los cansados ojos.

Mucho vuestros engaños ¡ay! me cuestan:
Mucho vuestra inconstancia me fatiga,
Llevadme las memorias que me restan
Y así conseguireis que no os maldiga.

Una tan solo vivirá en mi seno,
Y aunque le roa como vil gusano
Y en él derrame su mortal veneno
Que intenteis arrancarla será en vano.

Ha de crecer á mi existencia asida,
Y ciñendo mis dias en conjunto
Conmigo los umbrales de la vida
Traspondrá sin dejarme un solo punto.

¡Cómo olvidar el maternal cariño
Cuando á los mismos ángeles encanta
Si ven objeto al candoroso niño
De esa pasion arrobadora y santa!

Bajo velos magníficos oculto
Al ídolo de amor teneis de lodo,
Mas si á una madre consagrareis culto
En su tierno mirar lo hallareis todo.

Si algun dolor nuestra mejilla empaña,
Muestra su rostro en lágrimas deshecho:
Antes de ver la luz nos da su entraña,
Despues de ver la luz nos dá su pecho.

Si rojo el sol nuestra pupila ofende
Nos envuelve afanosa en su ropaje:
Con su próvido instinto nos comprende
Y hasta descifra nuestra voz salvaje.

Ella nos vela y nuestro sueño guarda,
Y mientras con su sangre nos sustenta
Ni el bramido del viento la acobarda,
Ni la contrista el son de la tormenta.

Antes de que nazcamos nos adora:
Cuando niños nos ve, nos acaricia:
Jóvenes alcanzarnos la enamora,
Y siempre somos su única delicia.

Del mundo en el confuso laberinto
Si nuestra débil planta se estravía,
Vemos en torno el resplandor distinto
Del rostro de una madre que nos guia.

Yo la perdí ¡oh dolor! mi voz la nombra
Y el eco mismo permanece mudo:
Ya no descanso á su tranquila sombra,
Fáltame ya su protector escudo.

Ya soy del mundo en los revueltos mares
Bajel perdido sin timon ni vela
Con quien luchan sañudos los vientos
Y en vano, en vano salvacion anhela.

¡Ilusiones! ¿Vendreis claras y vivas
Otra vez en la mente á presentaros?
¿Lograreis que si os miran fugitivas
Gocen los ojos de ilusion avaros?

¿Bullireis con la música del viento
Vagando alegres y en incierto giro
Por mentir á mi oido en vuestro acento
Dulce sonrisa ó celestial suspiro?

¿Brotareis del capullo de las flores
Halagüeñas de amor, ricas de galas,
Para adornar alcázares de amores
Y á ellos llevarme en vuestras tiernas alas?

¿Brillará vuestra luz con las estrellas
O en el diáfano disco de la luna
Brindando á mis placeres horas bellas
Henchidas de riqueza y de fortuna?

¿Probareis á nacer en la mañana
Con las amenas gotas de rocío;
O vendreis entre nubes de oro y grana
A seducir el pensamiento mio?

Si no resucitais los corazones
Ya estraños al placer y al mundo muertos,
Huid ya de una vez, mis ilusiones,
No me estorbeis el paso en mis desiertos.

Páramos tristes de angustiosas horas
Donde ruje el volcan, la catarata:
Donde no lucen ya blancas auroras
Envueltas en vapores de escarlata.

Arenales sin fin dó no hay reposo
Ni manantial que su tributo rinda,
Do pretende mi ardor un bosque umbroso
Y ni un mústio ciprés sombra me brinda.

Vastas llanuras donde nunca mayo
Ni flores ni verdor lleva en su seno;
Anhela el ojo luz y brilla el rayo,
Pide son el oido y brama el trueno.

Tan solo tumbas marcan el camino,
Y tumbas y no mas serán mi guia
Hasta que llegue el vencedor destino
Y el lugar me señale de la mia.

Y la cárcel del alma hecha pedazos
Tal vez allí su porvenir se encierra
Si vive unida con perpétuos lazos
Al dulce objeto que adoró en la tierra.

¡Morir es mi ilusion! Ruede mi vida
Hácia ese abismo que la mente alcanza,
Pues de este mundo la ilusion perdida
Solo allí se encamina mi esperanza.

REVISTA DE LA SEMANA.

Con el sereno cielo de otoño y la amenidad del veranillo de San Miguel, goza Madrid ahora de la mejor estacion del año. Están mas concurridas que nunca, hasta el punto de ser difícil transitar por las calles á ciertas horas. Entre los cuadros viejos que adornan las prenderías, nos ha llamado la atencion, por su rareza y mal gusto, un pésimo lienzo que quiere representar al Salvador del mundo bajo la imágen de Pastor divino: tiene abierta la llaga del costado, y las ovejas de su redil se dirigen á la llaga, y van menguando á medida que se acercan para introducirse en su seno.

Mucha gente acude á la esposicion de pinturas en la Academia de San Fernando: han presentado cuadros los señores Madrazo, Esquivel, Lopez, Villamil y otros artistas de reputacion: en el próximo número hablaremos con mas detenimiento de las pinturas mas notables.

Siguen las representaciones del *Hernani* en el teatro de la Cruz llamando cada vez mas concurrencia, y luciéndose todos á porfía, y con especialidad la Bertholini, Guasco y Ferri, cantando en medio de numerosos aplausos. Esta semana se estrenará al fin *el Templario*, en que hará su primera salida el tenor Mirate. Ya se ha empezado á ensayar la ópera de Verdi, titulada *Giovanna di Arco*: se aguarda de un dia á otro al señor Moriani.

Se han repetido en el Circo las representaciones del *Diablo enamorado*, obteniendo nuevos triunfos la Guy Stephan. Por indisposicion del bajo Porto no se ha podido poner en escena la ópera famosa de Rossini, titulada *Moisés en Egipto*, y se representará antes *la Sonnámbula*, cantada por Tamberlick y la Albertini. En la noche del viernes último representó la compañía del Príncipe en el Circo *la Segunda dama duende*, y recibieron una ovacion señalada todos los actores.

En el teatro del Príncipe se han representado con esmero *la Conjuracion de Venecia*, *el Castillo de San Alberto* y *el Edipo*. Para este teatro está escribiendo el señor Rubí una comedia en tres actos, titulada *El Arte de hacer fortuna*.

DIRECTOR Y EDITOR D. ANTONIO FERRER DEL RIO.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS DE D. IGNACIO BOIX, CALLE DE CARRETAS, NÚMERO 8.